

832

H



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PT2341

56

F3

1887



CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.º

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



LA FASCINACIÓN.



os sueños son como la espuma de las olas, que apenas formada se desvanecen,» decía el anciano barón H...

..., alargando el brazo hacia la campanilla para llamar á su ayuda de cámara, Kaspar, pues ya había pasado con mucho la hora de acostarse: el viento soplaba furioso, y María, hermosa joven que tenía casi oculta la cabeza en un espesochal, luchaba en vano contra el sueño. Á pocos pasos estaba Ottmar, hijo del barón, grave estudiante á quien gustaba filosofar sobre todas las cosas.

—Padre—dijo el joven—¿cómo puede usted creer que los sueños no sean fenómenos misteriosos que nos ponen en comunicación con el mundo invisible?

—Amigo mío—replicó el barón—yo opino como los materialistas, que no ven nada de sobrenatural en esos pretendidos misterios de la naturaleza, producidos á expensas de nuestra imaginación.

—Pero ¿no podría ser—objetó María, la hermosa doncella—que los sueños de que tan poco aprecio hacéis fuesen resultado de la fermentación que se opera

en el cerebro, y que sustrae á nuestro espíritu de la dominación de los sentidos durante las horas de sueño, permitiéndole vagar en las sublimes regiones no limitadas por el espacio ni por el tiempo?

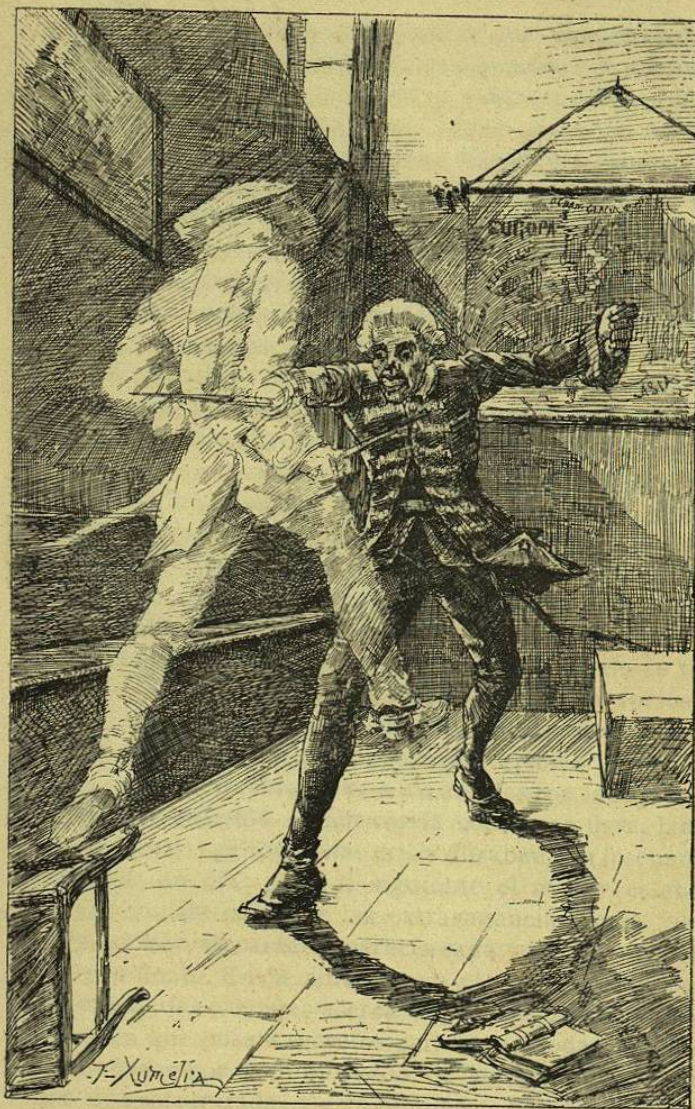
—Querida hija—repuso el barón—al oírte hablar así, figúrome estar escuchando las enfáticas divagaciones de nuestro amigo Alban. Ya sabes hasta qué punto llega mi incredulidad respecto á todos los sistemas que los visionarios de hoy improvisan. Los sueños son el fruto de la sobreexcitación febril de nuestros órganos, y veo la prueba de ello en las desagradables sensaciones que producen mientras duran, y hasta después: Si los sueños establecieran verdaderas relaciones entre nosotros y el mundo invisible ¿por qué no serían una iniciación en las inefables dichas que las religiones nos hacen esperar más allá de la vida terrestre?

Ottmar iba á promover un debate sin fin sobre el asunto; pero el barón no le dió tiempo.

—Hagamos punto aquí—interrumpió—pues no estoy de humor para discutir; y por otra parte, el día de hoy, 9 de Setiembre, despierta en mí un recuerdo de la juventud que siempre me produce dolorosa impresión.

—Sin embargo—replicó el estudiante—¿no está demostrado que la influencia magnética...?

—¡Oh!—exclamó el barón—no pronuncies jamás esa palabra delante de mí, porque eso del magnetismo me subleva; quien profesa ese arte odioso paga con su vida más pronto ó más tarde la culpable curiosidad que le impele á levantar el velo con que Dios oculta sus obras. Recuerdo muy bien, hijos míos, que en la época en que yo estudiaba en el colegio de Berlín, había entre nuestros profesores un hombre cuyas facciones no se borrarán jamás de mi memoria, pues no podía mirarle sin experimentar secreto espanto. De estatura gigantesca, y flaco como un esque-



LA FASCINACIÓN

leto, tenía uno de esos semblantes que apenas osaría concebir la más extravagante imaginación; y además estaba dotado de una fuerza y destreza admirables. Algunas veces nos refirió que, siendo mayor al servicio de los daneses, habíase visto obligado á expatriarse á consecuencia de un duelo; pero ciertas personas suponían que en vez de matar lealmente á su enemigo, que era un general, habíale asesinado. El mayor era hombre de carácter muy duro y de una severidad sin ejemplo con todos los colegiales; pero ciertos días, su carácter cambiaba completamente; entonces parecía muy benévolo y afectuoso; y en aquellos momentos de expansión, cuando nos estrechaba la mano, su contacto hacía circular por nuestras venas un fluido singular que nos sometía á su influencia por no sé qué simpatía inexplicable. Aquellos días de calma eran raros, pues pronto recobraba su carácter rígido y la severidad que tanto nos atemorizaba.

Algunas veces se exaltaba hasta el delirio; veíamosle, vestido con su antiguo uniforme rojo, recorrer á grandes pasos las salas del colegio, esgrimiendo su tizona en el vacío, cual si se hallase frente á un furioso adversario; después hacía ademán de pisotear un cadáver, y al mismo tiempo profería horribles imprecaciones. Otras veces trepaba á los árboles con la rapidez de un gato montés, ó bien corría como una fiera, lanzando agudos gritos. Estas crisis duraban con frecuencia todo un día; pero al siguiente el mayor estaba tranquilo, sin recordar las extravagancias de la víspera, si bien su carácter parecía cada vez más intratable y violento. En la ciudad y en el colegio decíanse las cosas más extrañas acerca del mayor; algunos aseguraban que poseía secretos para curar todas las enfermedades por la imposición de las manos, y hasta con una sola mirada; y esta opinión se había arraigado de tal modo, que cierto día el mayor se vió obligado á

servirse de su bastón para alejar á varias personas que le rogaban hiciese en ellas la prueba de su misterioso poder. No faltó quien llegase á decir que aquel hombre estaba en relación con los espíritus infernales, y que un día ú otro su vida terminaría por una catástrofe. Sin embargo, fuera cual fuese su conducta con los demás alumnos, manifestábase respecto á mi sumamente benévolo y cariñoso. No os referiré todas las extrañas escenas que entre nosotros mediaron; pero voy á citaros un hecho que nunca he podido olvidar. En la noche del 9 de Setiembre de 17..., soñé que el mayor se acercaba á mi lecho, y que, fijando en mí una mirada penetrante, cubríame los ojos con la mano derecha, diciéndome: «¡Miserable criatura terrestre, reconoce en mí á tu señor! ¡Yo tengo, como Dios, la facultad de leer en tu pensamiento!» Cuando hubo pronunciado estás palabras, parecióme que algo agudo y frío, como una hoja de acero, atravesaba mi frente, penetrando en el cráneo; entonces proferí un grito de espanto, despertéme inundado de un sudor frío, salté de la cama, haciendo un esfuerzo, y corrí á la ventana para refrescarme. ¡Cuál no sería mi espanto al divisar, á la luz de la luna, al temible mayor, que vestido siempre con su uniforme rojo, abría la puerta del colegio que daba al campo y cerrábala tras sí con estrépito...! Al punto caí en tierra privado de sentido.

Al día siguiente, cuando referí á nuestro inspector lo ocurrido, aseguróme que sin duda había soñado; pero como el mayor no llegase á la hora de costumbre, ni mucho tiempo después, fueron á buscarle á su cuarto. La puerta estaba atrancada por dentro, y se necesitó una palanca para derribarla. En medio de la habitación vióse al mayor tendido é inerte; tenía los ojos vidriosos, la boca llena de una espuma sanguinolenta; y su mano, rígida ya por el frío de la muerte,

oprimía la empuñadura de su espada. Nada bastó para volverle á la vida.

El barón no dijo una palabra más. Ottmar, que había escuchado atentamente, parecía meditar con la frente apoyada en una mano; y María estaba muy agitada. En aquel momento, el pintor Franz Bickert, antiguo amigo de la familia, que había entrado silenciosamente en la sala durante el relato del barón, comenzó á reir estrepitosamente, diciendo: ¡Vaya unas historias alegres para las niñas á la hora de acostarse! En cuanto á mí, amigos míos, tengo un sistema del todo opuesto al de nuestro querido barón. Sé por experiencia que los sueños de la noche se producen por las sensaciones experimentadas durante el día, y he aquí por qué tengo siempre buen cuidado, antes de acostarme, de alejar toda preocupación penosa, alegrando mi espíritu con algún recuerdo agradable del tiempo pasado. Es una receta excelente contra la pesadilla. Debéis tener en cuenta además, amigos míos, que esos sueños terroríficos que á veces nos atormentan, cuando nos figuramos caer de una torre, ó que nos cortan la cabeza, y otras mil cosas más ó menos desagradables, son resultado de algún dolor físico que influye en nuestras facultades morales. Escuchad: ahora recuerdo un sueño. — Yo tomaba parte en cierta orgía; un oficial y un estudiante se traban de palabras y arrójanse los vasos á la cabeza; procuro separarlos; en la lucha me siento gravemente herido en la mano, y el dolor me despierta... En efecto, con un alfiler clavado en la colcha me acababa de hacer un rasguño, y mi mano sangraba. He tenido otros sueños espantosos, y...

— ¡Ah! — exclamó María — por favor os pido que no contéis esas cosas, pues me hacen mucho daño...

— ¡No hay favor que valga! — exclamó Bickert. — Habéis de saber que en sueños fui convidado una vez

á un thé magnífico por la princesa Amaldasongi. Al entrar en el salón, luciendo mi más rico traje, preparábame ya á dirigir la más elocuente declaración amorosa á la noble dama, cuando de pronto eché de ver, al fijar una mirada satisfecha sobre mi persona, que se me había olvidado el calzón...

Este chiste de Bickert fué acogido por una ruidosa carcajada; pero sin dejar á sus oyentes tiempo de recobrase, el alegre artista continuó la narración de sus sueños.

—Ahora voy á contaros—dijo—otra cosa más inconveniente y humillante. Una noche soñaba que sólo tenía veinte años y que iba á bailar un rigodón con una mujer hermosísima; había gastado mi último escudo para engalanar un poco mi único traje; luego, penetro entre la brillante multitud que se oprime á la puerta del salón, y de repente, un maldito perro de aguas abre la puertecilla de una estufa delante de mí y me dice: «Señor galán, por ese agujero es por donde habéis de pasar...» Otro sueño: anoche me figuré que me había convertido en hoja de papel, y que un aprendiz de poeta, armado de una pluma de pavo, muy mal cortada, desgarrábame en todos sentidos, escribiendo en mi blanca superficie sus rimas mutiladas á fuerza de tachones. En fin, sabed que hace poco soñé que un cirujano me desmontaba los miembros uno por uno, cual si fuese una muñeca de madera, y complaciase cruelmente en ver el efecto que producirían mis pies puestos en medio de la espalda, ó el brazo derecho adaptado á la pierna izquierda... Por último...

Pero al llegar aquí, el barón y sus hijos proferían tales carcajadas, que el amigo Franz Bickert se vió obligado á renunciar á sus cuentos. Entonces Ottmar tomó la palabra.

—Nuestro amigo—dijo—se pone en contradicción

con su sistema al referirnos esos sueños, pues ó quiere que nos desternillemos de risa, ó no ha sabido imaginar cuentos conformes con su teoría. Como quiera que sea, no quedo menos persuadido de que la virtud magnética...

—Vamos—interrumpió el barón—no volvamos á tocar ese asunto. Prefiero que María nos haga un ponche para que todos conserven el buen humor.

Bickert aplaudió la idea, y mientras que la joven hacía sus preparativos, el pintor se ocupó en reanimar el fuego de la chimenea. Cuando el ponche estuvo hecho, Ottmar llenó los vasos, y Bickert vació el suyo, diciendo:

—Jamás me ha parecido este licor tan agradable como cuando lo preparó la hermosa María, que parece comunicar un perfume celestial á cuanto ella toca. La influencia misteriosa de su belleza produce ese efecto encantador; y en mi concepto, es el magnetismo más incontestable...

—¡Vaya, veo que volvemos al magnetismo!—interrumpió el barón;—á fe mía que no saldremos esta noche de lo fantástico y de lo extravagante... María es realmente una hermosa y buena hija; pero gracias á vosotros, pareceme que algún día la tomaré por un sér del otro mundo. Procuremos, pues, vivir en paz, sin turbar esta existencia común que tan dulce me parece...

—Sin embargo—replicó Ottmar—muchos deseos tengo de referir á nuestro amigo Bickert un hecho que Alban me confió y que me ha impresionado profundamente. Durante su residencia en la Universidad, Alban se relacionó con un joven llamado Teobaldo, que á primera vista seducía á todos cuantos le miraban; era un joven de carácter afable y muy sensible; pero poco á poco, desde que comenzó á ser amigo de Alban, su carácter cambió; veíasele siempre triste é

inquieto, y aunque de espíritu meditabundo, comenzó á exaltarse gradualmente. Sólo Alban ejercía cierto dominio sobre aquella naturaleza irritable, cuya energía se agotaba en estériles luchas contra las mezquindades de la vida.

Después de graduarse en la Universidad de J..., Teobaldo debía volver á su ciudad natal para casarse con la hija de su tutor y vivir pacíficamente con la cuantiosa renta que sus padres le habían dejado. Todas sus aspiraciones, sin embargo, resumíanse en el estudio del magnetismo animal, del que su amigo Alban le había dado las primeras lecciones, y proponíase nada menos que proseguir hasta los últimos límites de lo posible el desarrollo de los misteriosos fenómenos de esa ciencia.

Poco tiempo después de haber vuelto á sus hogares escribió á Alban una carta desesperada, anunciándole que durante su ausencia, un oficial de tropas extranjeras, alojado provisionalmente en casa de su tutor, se había enamorado de la joven, consiguiendo que ella participase de su pasión. Cuando el oficial hubo de marchar con el cuerpo de ejército á que pertenecía, su amada se entristeció tanto, que su juicio sufrió alguna alteración, y llegóse á temer por su vida. El pobre Teobaldo, pues, no sólo debía lamentarse de haber perdido el corazón de su prometida, sino de verse expuesto á perder el único objeto de su amor. Alban le contestó al punto que su desgracia no era irreparable, y que el magnetismo le devolvería infaliblemente la mujer amada. Teobaldo, aprovechándose de este consejo, previo el permiso de la madre de su novia, fué todas las noches á sentarse junto á ésta en el momento en que, cediendo al sueño, era víctima de dolorosas pesadillas, durante las cuales repetía de continuo el nombre del oficial. Teobaldo ejerció así gradualmente en la joven la influencia cuya virtud

secreta le había enseñado Alban, y cuando podía someterla al estado de sonambulismo, conversaba con ella, evocando los dulces recuerdos de sus juegos de la infancia, y de su tierno y mutuo afecto. Poco á poco, la joven se dejó dominar por el ascendiente mágico de la influencia que la rodeaba, y siempre que volvía al estado de sonambulismo, sus sensaciones y respuestas á las preguntas que le dirigían, referíanse naturalmente á Teobaldo y á sus recuerdos de la infancia. La dominación del joven llegó á ser tan completa, que su novia acabó por no vivir más que con su vida y su voluntad; parecía que el alma de su amigo se hubiese confundido con la suya propia, y que sólo existiese en ella...

Aquí llegaba Ottmar en su historia, cuando de repente María, cambiando de color, profirió un grito agudo, y seguramente hubiera caído en el suelo si Bickert no hubiese estado junto á ella para recibirla en sus brazos. Todos acudieron á socorrerla, pero nada bastó para hacerla volver en sí: parecía muerta.

—¡Dios mío!—exclamó Ottmar—sólo Alban podría salvarla!...

En aquel mismo momento abrióse la puerta y apareció Alban, que adelantándose con paso grave, se acercó á la joven y le dijo, cual si hubiera podido oírle: «¿Qué tenéis, María?...» La hija del barón se estremeció al oír aquellas palabras, hizo algunos movimientos y murmuró: «¡Dejadme, hombre maldito, quiero morir al menos sin padecer!...» Alban se sonrió, y fijando sus miradas en los presentes, les dijo: «No temáis nada; es un ligero acceso de fiebre, y pronto quedará dormida; de aquí á seis horas, cuando despierte, le daréis doce gotas del licor contenido en este frasco.»

Así diciendo, entregó á Ottmar un frasquito de plata, saludó, y retiróse como había venido.

—¡Bien!—exclamó Bickert;—he aquí otro doctor

maravilloso... la mirada penetrante, la voz profética, el frasco de elixir ; nada falta.

—Amigo Bickert—dijo el anciano barón—la noche termina muy tristemente. Desde que Alban se marchó, con frecuencia he pensado que algún fatal acontecimiento nos le volvería á traer. ¡ Dios quiera que mis presentimientos me hayan engañado !

—Pero, amigo mío—replicó Bickert—me parece que debéis considerar como muy feliz y oportuna la llegada de Alban, pues al fin y al cabo es un doctor hábil y no habréis olvidado que en cierta época en que la hermosa María se quejaba de crisis nerviosas, contra las cuales eran impotentes todos los remedios, Alban supo curarlas en pocas semanas por medio de ese magnetismo que aborrecéis. Yo creo que es preciso desechar preocupaciones demasiado exageradas contra las ciencias modernas, pues la naturaleza oculta en su seno miles de secretos, cuyo descubrimiento futuro costará numerosos siglos...

—Á fe mía—interrumpió el barón—no estoy más atrasado que cualquiera otro, ni soy enemigo de los progresos de la ciencia; pero á decir verdad, mi aversión al magnetismo proviene en gran parte de no haber comprendido nunca á ese Alban, á quien mi hijo aprecia tanto. Inútilmente me esfuerzo para reconocer alguna expresión de verdad en la fisonomía cambiante de ese hombre singular; sé que debo estarle muy agradecido por la curación de mi hija; y con la mejor voluntad le ofrecería todos los tesoros de un rey; pero debo confesaros, querido Bickert, que una repulsión invencible me ha impedido siempre manifestarle mi gratitud. Á pesar mío, cada día me es más odioso; y cuando le miro, pareceme tener á la vista á ese diabólico mayor danés que en otro tiempo me atemorizó tanto.

—¡Ah!—exclamó Bickert—he aquí, pues, sin ir más lejos, el secreto de ese inexplicable odio. No es Alban

el que preocupa vuestra imaginación, sino ese maldito mayor danés; el buen Alban paga las culpas de ese hombre maléfico, sin tener su nariz ganchuda y sus negros ojos penetrantes; pero aunque fuese un poco visionario, debéis dispensarle esta ligera falta, puesto que quiere y practica el bien. Dejemos á un lado las flaquezas del hombre y rindamos culto á la alta ciencia del médico.

—Lo que decís, amigo Franz—interrumpió el barón levantándose—no es la expresión de vuestro pensamiento; tratáis de disminuir mis inquietudes; pero cuantos esfuerzos hagáis serán inútiles, pues bajo la forma humana de ese Alban veo un sér infernal del que todo se debe temer. Escuchad, amigo mío, lo mejor será que ambos vigilemos á ese hombre, pues en él hay, os lo repito, algo de temible y maléfico.

Los dos antiguos amigos se estrecharon la mano antes de separarse. La noche estaba oscura y silenciosa; María, entregada al parecer á un sueño letárgico, se despertó á las seis horas, y entonces se le propinó el medicamento prescrito por el doctor Alban. Algunos momentos después sentíase perfectamente bien y no recordaba la menor cosa de su accidente de la víspera. Aquel día no se presentó Alban á la hora de reunirse la familia para comer; pero envió á decir que una larga correspondencia le tenía muy ocupado.

#### MARÍA Á ALDEGONDA

«Querida amiga de mi infancia: ¡qué feliz me ha hecho tu carta! Al reconocer tu escritura creí morirme de alegría. ¡ Con qué placer he leído las buenas noticias de tu hermano Hipólito, mi *prometido* adorado! Tu pobre amiga, querida Aldegonda, ha estado muy enferma, y no podría expresarte los padecimientos que experimentaba. Parecíame ver al revés todas las cosas de la vida; el menor ruido me atravesaba la cabeza